

CAPÍTULO VI

ENHEBRANDO HISTORIAS

“NUESTRA PALABRA” Y 1924

De Cali regresó a Bogotá un jovenzuelo trayendo un paquete de periódicos y una carta de respuesta de Torres Giraldo para Tomás, confirmando su presencia en el Primer Congreso Obrero. El mensajero había vivido en la casa de la Cooperativa de Obreros del Valle, donde había una imprenta abandonada que mediante pequeños arreglos servía para sacar *La Humanidad*, el periódico que editaba Torres Giraldo. Tenía catorce años larguitos y hablaba con la propiedad de un hombre adulto, respondía a todas las preguntas que se le hacían sobre los braceros de Buenaventura, los fogoneros de Dagua, los maquinistas de la Pacífico; repetía nombres propios, costumbres, opiniones, proyectos, historias de huelgas, vida y milagro de estos trabajadores porque cada vez que salía *La Humanidad* este jovenzuelo, que se llamaba Carlos Cuéllar (1911-1984), se encargaba de llevar los paquetes a los sitios distantes. Su información provenía de que en cada lugar escuchaba los comentarios de los obreros, que a su vez, lo devolvían con razones o lo mandaban donde otros en alguna misión. Lo más desconcertante era que el muchachito no contento con tal carga de trabajo que es de suponer por tantos oficios al tiempo, había resuelto *a motu proprio* sacar su personal periódico, una hoja tamaño oficio a la que le puso el nombre de *Nuestra Palabra* porque la redacción, curioso sistema periodístico que se había inventado, consistía en colocar los apuntes que hacía, muy al pie de la letra de lo que decían los trabajadores que él consideraba *sesudos*. El papel para *Nuestra Palabra* lo tomaba de la Cooperativa, la tinta se la regalaba Torres Giraldo, la distribución la hacía entreverando su periódico con *La Humanidad* y cuando llegaba donde los obreros no sólo lo felicitaban sino que lo aprovisionaban de yucas, panelas y plátanos para la vuelta.

Venía resuelto a trabajar en lo que le pusieran y al poco tiempo el grupo que había tomado en sus manos la organización iniciada por Tomás, De Heredia, “El Mono” y demás compañeros recurría a él para todo. Carlos, lleve esta carta a las fábricas de pastas; vuélase hasta el Sindicato de la Industria Harinera, no se venga sin el boletín, mándele este telegrama a Mahecha, ¿ya vino el cachifo con la razón de los tranviarios?... El muchacho tenía fibra pero era algo teatrero, gesticulaba y cambiaba la voz para imitar lo que veía y lo que quería. Y como quiera que debía combinar su actividad con un trabajo remunerado a riesgo de morirse de hambre, se volvió vendedor de libros. Entre diligencias tocaba puertas, convencía para que le

compraran. Silbando y con una valija de cartón prensado recorría media ciudad ganándose el corazón de todos.

¿Y podemos imaginar las intimidades, la cotidianidad, los pequeños y grandes problemas, el sinnúmero de gentes que el joven conoció en medio del desarrollo de aquel proceso? La vida revolucionaria fue su escuela, ahí saboreó todos los gajes del oficio, todos los altibajos, penurias, satisfacciones, afanes y sorpresas posibles de la vida de un militante. Pero no de un militante ciego, él quería superarse, leía, leía y estudiaba.

Pues bien, cincuenta años más tarde, con el mismo entusiasmo y vitalidad que lo acompañaron siempre, Carlos Cuéllar quiso meter los recuerdos de nuevo en su corazón y desde ahí ofrecerlos al corazón y la mente de las personas. Fue quizá el último acto de entrega de esa personalidad que puede resumirse en la palabra fértil, porque la vida se le extinguió cuando nos dejaba estas memorias:

...Era una época brillante, una página en la historia colombiana y una página en la historia del socialismo, ahí aprendimos a pensar y a actuar en defensa propia. Pero imposible entenderlo sin los inicios del capitalismo o sin la presencia de la clase obrera que desde 1923 se organizó con los trabajadores de Barranca y los de la colonia bananera, en 1924 se hizo fuerte en el río Magdalena, en los centros cafeteros, en los transportes ferroviarios y urbanos, o fuera de la dinámica de los líderes... imposible entenderlo. Se llevaron a cabo en ese año diecisiete huelgas y tres movimientos de *les sin trabajo*, casi todos con éxito, aunque para el Gobierno los trabajadores eran los causantes de los males nacionales. En Girardot la Junta Organizadora de los tres mil obreros sin trabajo la dirigió Angel María Cano, que era un peluquero y un verdadero líder. Eran terribles los abusos de las agencias que enganchaban a los desocupados para llevárselos de caucheros a la frontera con el Brasil, con Perú o a las zafras de Cuba. De allá nunca volvían ni sus familias sabían más de ellos.

En Bogotá era Salvador Murcia, otro líder verraco, él se puso al frente de las reivindicaciones de los cuatro mil desocupados;²⁰ pedían que en las obras públicas no se establecieran preferencias de partido o de secta; Murcia logró para ellos una ayuda eficiente de los demás trabajadores, les decía: si a esa gente la despidieron por labores que nos favorecen a todos, ahora tenemos que brindarles apoyo. Además publicó carteles, explicaba que un noventa por ciento o más de trabajadores estaban por fuera de la ley, porque sólo a los obreros de las empresas grandes se les consideraba dentro de la ley, y eso no era de conocimiento público.

²⁰ *El Espectador*, abril 7 de 1924.



Angel Maria Cano, 1928

A esos acontecimientos siguieron muchos otros, si confirmamos que eso es cierto podemos interpretar el movimiento revolucionario de los años Veinte con la formación de una red; los braceros de todos los puertos se organizaron y ese despertar en el río Magdalena que era nuestra arteria vital, el eje de la economía del país porque por ahí se sacaba el tabaco de Ambalema que todavía quedaba, se sacaba el café de La Dorada y de otras regiones, eso... esos núcleos vienen a ser el mejor soporte para que surja posteriormente el partido.

Viene entonces 1924. Convocado por el Sindicato Obrero o la Sede Obrera se hace el Primer Congreso Nacional de Trabajadores, dentro de ese estado de luchas, búsquedas y contradicciones, que trata de canalizar y darle una orientación a la cosa... Muchos historiadores hablan de que era una cuestión liberal, ¡no! En realidad la gente estaba desilusionada del liberalismo y quería formar un movimiento aparte, independiente.

En ese despertar es que surgen Tomás Uribe Márquez, María Cano, Francisco De Heredia, y establecen comunicación con Mahecha, Quintín Lame y con Torres Giraldo. Aquí había un grupo numeroso que esperaba a Uribe Márquez, con ese grupo es que él empieza a desplegar una actividad inmensa moviendo los mimeógrafos, haciendo debates al interior de las organizaciones, coordinando reuniones, ¡caramba! ese hombre era un ciclón, repartía trabajo y producía ideas todas las horas del día. A través de sus artículos de prensa él planteó la lucha por la toma de la tierra en forma organizada. Esa fue su orientación, eso se puede ver en muchos periodiquitos del país; la lucha por la tierra en forma organizada, metódica e increíble para entonces, y comienza a cruzar correspondencia con todas las regiones. Es decir, con cualquier líder de cualquier parte... Samuel

Hernández de Tunja recibía cartas de Tomás, Ismael Toledo recibía cartas, es decir, cada tipo recibía... y esa correspondencia fue importante en la fusión del movimiento. Además tenía un directorio telefónico colosal.

Tomás, César Guerrero, "Jaime Navares" y Dávila visitaron a Savinski y a los dos o tres grupos de intelectuales que iban allá para que se sumaran activamente al proyecto. Savinski y Felipe Lleras Camargo, que era más inteligente y mejor preparado que el hermano, dedicaron tiempo y entusiasmo al trabajo.

El Primero de Mayo era la fecha fijada para el Congreso Obrero, poco antes se instaló la Conferencia Socialista que los historiadores casi no mencionan, como de unos veinte dirigentes, ahí estaba Savinski. Recuerdo que fue la primera vez que me pusieron a la pata de alguien y ese alguien fue Mahecha... Y yo, sáquele los papeles, hágale apuntes, reparta *Vanguardia Obrera*... Doce, catorce o dieciséis horas diarias trabajaba Mahecha, el hombre que se le enfrentó a todas las boas feudales de su región. Ahí se habló de las tendencias que iban a concurrir al Congreso: los comunistas, que no tenían masas ni ninguna conexión más que con las ideas de Marx, y eran pocos; a Luis Tejada lo apreciaban mucho. Los anarquistas, que aquí eran Juan de Dios Romero y Erasmo Valencia y los liberales-socialistas como Bernal Azula, Hernández Rodríguez, Moisés Prieto que tenía un negocio en Pacho y después se metió al Partido Liberal.

En esa reunión preliminar se habló de las reivindicaciones, que debían ser descubiertas en el mismo lugar, porque cada región era distinta, y de las ocho horas de trabajo. Los socialistas querían amarrar lo que tenían y era el grupo mejor colocado; ellos se metían, trabajaban y por lo mismo exigían a la hora de la verdad, lo que más valoraban era el papel de las mayorías. Una vez terminada la Conferencia todos nos fuimos al Congreso.

Dejemos por un momento las memorias de Carlos para ver los siguientes aspectos: para ese momento Bogotá concentraba un buen número de trabajadores oficiales y empleados públicos que iniciaban el sindicalismo dentro de los aparatos del Estado. En el sindicalismo eran muy importantes el gremio de la construcción y sectores de la naciente industria manufacturera. De los trabajadores urbanos los más organizados, que irían a convertirse en verdadero fortín de resistencia, eran: el sindicato de la industria harinera que incluía a todos los panaderos y a los obreros de fábricas de pastas; los tranviarios, el sindicato de la Energía Eléctrica, el sindicato de Bavaria, albañiles y similares y los ferroviarios de la línea de Cundinamarca. Con la misma vehemencia se veía la participación de los artesanos.

En cuanto a la actuación femenina, según como se le mire: era baja en cuanto a sindicalización. No era fácil que las mujeres de pequeños o medianos talleres se sindicalizaran. Pero en cambio según los testimonios,

la participación femenina se sentía inmensa por su beligerancia, por su despliegue de actividad. Las mujeres citaban, entusiasmaban, daban solidaridad; frente a la persecución eran resistentes, en la organización disciplinadas, ¡se crecían en las movilizaciones! De todos modos ya había sindicatos o estaban en preparación, éstos y otros grupos de mujeres se reunieron con anterioridad para enviar sus representantes al Congreso. Ellas fueron Elvira Medina y Enriqueta Jiménez, elegidas no en nombre sindical sino femenino. Enriqueta era, además, la secretaria de la Liga de Inquilinos desde hacía un año. ¡Y se llegó el gran día! Pero volvamos a darle la palabra a Carlos Cuéllar:

Fue ahí donde surgieron los grandes líderes, donde se les vio por primera vez reunidos... Y es así que cuando Pedro Nel Ospina instala en el Teatro de Colón, el Primero de Mayo de 1924, el Primer Congreso Obrero Nacional, Raúl Eduardo Mahecha pronuncia un discurso frente a él, pero un discurso que no se había dado nunca en la historia de Colombia, que planteaba la destrucción del capitalismo y la muerte de esos bandidos explotadores, y todo en presencia del presidente. ¡Ay! Se desarmó el tablado, la gente vivaba, fue la locura, nunca se había hablado así a un gobernante, nunca les habían dicho tantas cosas de frente, pues... ¡tremendas, increíbles!

Ese Congreso lo instaló el Presidente de la República porque algunos programas obreros los elaboraban el alcalde de Bogotá y otros políticos “populares” con discursos sin sustancia para efectos de recíprocos aplausos, se llamaban unos a otros “honorables”, prometían y decían sin decir; oyéndolos no daban ganas de pensar ni de creer... Después de esa instalación los notables desaparecieron, el Congreso continuó sus sesiones en el Edificio Liévano.

OTRAS MUJERES OLVIDADAS

Enriqueta y Elvira se habían entrevistado con Belarmina González en Girardot; Antonia Romero, presidenta de la “Sociedad Unión Femenina de Sevilla” (Valle); Mercedes Corzo, de El Socorro; Soledad Herrera, quien fuera después Flor del Trabajo de Ibagué; Clementina Garzón, de Honda y Carlota Rúa, del Sindicato Obrero de La Dorada. Carlota se perfilaba como la líder natural en su región, pronto iría a ser otra de las oradoras que encendiera con sus arengas hasta Puerto Berrío. Ella fue la gestora de la iniciativa que salió de aquel congreso: la protesta ante el gobierno por el hecho de que el servicio militar fuera obligatorio sólo para los pobres. Carlota lo concibió como resultado de experiencias familiares y de sus compañeras del campo. ¿Por qué los ricos no tienen tal obligación? ¿Por qué la tropa se conforma

de campesinos y de gente pobre de las ciudades? Sabía además, que a las madres otros aspectos las llenaban de angustia: a sus muchachos los nombraban soldados a puntapiés y después les negaban comida, problemas que ya habían ocasionado conatos de rebeldía al interior del Ejército. Por otra parte, la perspectiva de más escasez en el hogar: o no se podría contar con los jóvenes en las labores del campo, o no se podría contar con su salario en las zonas urbanas. El alegato no estaba escrito; para ese momento Carlota no sabía leer ni escribir de corrido (aunque de ella se conocieron escritos en la década siguiente, firmados por Carlota Rúa de Montoya). Enriqueta y Elvira tomaron los apuntes y la primera se hizo cargo de presentar la proposición de viva voz ante los delegados del Congreso. ¿Quién mejor que ella –decía Elvirita– podría hacerlo? Su hijo Carlos estaba próximo a ser obligado a prestar el servicio, ¿quién mejor que Enriqueta para transmitir lo expuesto por la joven Carlota, que interpretaba su propio sentimiento y el de miles de madres?

Diecisiete días duraron las deliberaciones de aquel evento, del que no quedaron informes concluyentes* pero sí versiones coincidentes con la de Carlos Cuéllar:

...De manera que como ya lo han anotado otros, el Congreso sí tuvo una tendencia socialista, una liberal y una comunista. Por parte de la tendencia liberal lo primero que se oyó fue la propuesta para que no se hablara de política ni de partidos... Y a eso le salieron los socialistas con otra proposición que presentó “El Mono”; consistía en que evidentemente el movimiento obrero debía desvincularse completamente de los partidos tradicionales, y eso fue lo que se aprobó. Los intelectuales comunistas propusieron que se recogiera plata para hacerle una estatua a Lenin, la adhesión del Congreso a la IC, la adopción de las veintiún condiciones de la Internacional y que se adoptara el nombre comunista. La adhesión se aprobó pero no se podían adoptar las veintiún condiciones, los líderes pensaban que el nombre podía ser cualquier otro pero no comunista; lo de la estatua no cuajó. Pero en síntesis, una serie de líderes dirigiendo masas eran los orientadores de la corriente socialista, es decir, la tendencia que estaba en contacto con la lucha de masas era la socialista revolucionaria dentro de las tres.

* Se sabe que las conclusiones fueron llevadas a la Casa del Pueblo donde funcionaba la Unión Local, y entregadas bajo responsabilidad de Patrocinio Rey. Como tantos otros documentos, se tuvo noticia de ellos hasta 1930 por el propio Patrocinio Rey, pero después desaparecieron. La hipótesis más segura, que no es otra cosa que un llamado de atención para las futuras investigaciones, es que toda la historia de los 20 fue entregada por Patrocinio Rey a la reunión del PCC denominada Ampliado en julio de 1930. Patrocinio ingresó al PCC a su fundación, ese año.

SE NECESITABA UN PARTIDO PARA DARLE FORMA AL SOCIALISMO

La idea de socialismo era fascinante, pero socialismo no era más que un nombre, lo importante era lo que estaba detrás. Simpatizaban con la IC y querían tender un puente con aquella entidad porque para ellos la revolución tenía un aspecto internacional, por eso aprobaron la adhesión. Dentro de la polémica no finalizada quedó un interrogante: ¿hasta dónde, para aquella época era adecuado el nombre de Partido Comunista? Entre las veintiún condiciones había una contundente: abolir el nombre socialista para reemplazarlo por el de comunista, lo que justamente no hicieron.

Aquello era un impedimento muy grande –decía Carlos Cuéllar– los socialistas necesitaban un partido ligado a mucha gente y el nombre comunista asustaba. Pero eso no derivó en antagonismos ni los socialistas adoptaron posiciones *de gobierno*.

¿Y por qué **socialismo-revolucionario**? Esta fue la respuesta de Carlos:

Nosotros veíamos el socialismo revolucionario como una vía de solución de problemas tan graves como la miseria, el atraso; desde ahí peleábamos contra esos lastres que nos lastimaban tanto y colmábamos viejos anhelos... aquella frustración de una independencia a medias y luego el dominio del bipartidismo. No es que fuera una cuestión solamente de nombre pero llamarse socialista revolucionario era pensar por nosotros mismos, expresar rebeldía y conseguir avances. En fin, el Congreso fue un eslabón muy interesante y aunque se llamó obrero fue más un encuentro de trabajadores que representaban la nación, ese pluralismo, esa multiplicidad constituyó su riqueza. Allí se promovió la defensa de los presos sociales y en eso la abanderada fue siempre María Cano; se reclamó la abolición del servicio militar obligatorio. Al final se repartió un programa político que habían terminado de redactar Tomás y De Heredia.

De ahí entramos en una etapa organizativa dirigida en Bogotá por Tomás; él dio la orientación de preparamos para un segundo congreso, crear el directorio central obrero, poner a funcionar los mimeógrafos y aumentar las correrías de los líderes por todo el país. Ya había equipo y los distintos sectores entraban en efervescencia. De los indígenas, Quintín Lame hizo mucha historia en el Congreso. Y bueno, se definió que lo inmediato era una etapa de organización, porque el problema del partido seguía siendo central. Para ese momento Torres Giraldo no estaba de acuerdo con la idea de partido, él decía que había que hacer federaciones sindicales y así lo consignó en *La Humanidad*. Claro que no se conocen más referencias que las de él pero en el Valle había más gente, dirigentes obreros, estaban a punto de irse a la famosa huelga... Es que



De pie: Juan de Dios Romero, "Dimitri Ivanovich", Francisco De Heredia, Pablo E. Mancera; sentados: Salvador Murcia, Carlos Melguizo, Estanislao García. 1924

el movimiento sindical del Valle era el más desarrollado orgánicamente hasta ese año 24, de ahí en adelante el río Magdalena lo sobrepasó. En cuanto a los comunistas o del grupo que había resuelto llamarse así, con la muerte de Luis Tejada prácticamente terminó su primera etapa. Por otra parte, las propuestas liberales ya no tenían cabida, el germen revolucionario había sido más fuerte.

No hay que perder de vista que en ese momento las tendencias no se habían formado de una manera precisa, no puede decirse que los grupos socialistas o las personas que se definieron tempranamente como comunistas, o quienes se llamaron anarquistas fueran puros, en el sentido de altamente teóricos o de escuela, porque esto sería contravenir la realidad de la época. No había puros de ningún lado, puros marxistas o puros comunistas, etc. Había posiciones inconformistas, clasistas y como todavía no les tocaba esquivar los peligros del dogmatismo, los grupos no avanzaban

discutiendo qué es la verdad sino ensayando con prácticas y conjeturas la realización de esa verdad. Tampoco tuvieron carácter de capilla, fueron grupos abiertos más bien de amigos que se reunían, discutían y cocinaban ideas aunque se dieran posiciones distintas frente a los mismos hechos. A los puntos de reunión iban los más interesados en fomentar la organización de gremios o sindicatos, o quienes querían saber cómo elevar una petición o un reclamo. También iban gentes con iniciativa que ayudaban a identificar los problemas comunes, y curiosos, porque la entrada era libre y los debates públicos. Desde luego, sí se consideraba una necesidad adquirir conocimientos de la estructura de la sociedad y ya está claro que dejaban atrás las formas mutualistas para incrementar sindicatos que hicieran uso de la huelga. Todo o casi todo giraba en torno a los trabajadores: sus penurias, urgencias, posibilidades y esperanzas.

Naturalmente entre las tendencias surgieron problemas pero no en un sentido irreconciliable. Quien logre penetrar un poco en el espíritu de los Veinte apreciará un proceso no contaminado aún, donde no existía la filosofía de la sospecha, solidario a pesar de las diferencias políticas. No se había impuesto el estrecho espíritu de secta, de exclusivismo y persecución que más tarde se irradiaría desde Moscú. Pensemos que estas gentes no inventaron la lucha entre el capital y el trabajo y que más bien en esa lucha se fueron *haciendo*, por lo que tenían más motivos para hermanarse que para odiarse, sin que esto suponga la inexistencia de conflictos.

PRESENCIA Y RASTRO DE QUINTÍN LAME

En una época en que la sociedad llamaba a los indígenas *salvajes*, el Congreso en pleno se puso de pie para recibir, oír y apoyar a Manuel Quintín Lame Chantre (1880-1967), acto significativo que identificaba el pasado indígena con el presente mestizo y criollo. El dirigente llegó al evento con la decisión de incorporarse al movimiento revolucionario, de esa manera ampliaba la dimensión de las luchas indígenas y unificaba comunes aspiraciones con los otros sectores. Para los socialistas se trataba de recibir a un hermano; admiraban en él, desde 1910, su capacidad de dinamizar y movilizar a su “raza proscrita” cuando fue elegido Jefe, representante y defensor general de todos los Cabildos Indígenas del Cauca, luego del Tolima y el Huila. Pero esa capacidad para abrir los ojos al país indio que reclamaba justicia desde el alba de los tiempos no lo era todo; más que un número de indígenas puros representados por Quintín Lame, reencontraban



Quintin Lame (Fotografía cedida por Estela Piedrahita).

en él la afirmación de sus propias raíces y valores, cuando dio testimonio del espíritu de nuestro pueblo:

¡Antes de 1492 los indios produjeron obras de arte, escritos y jeroglíficos, tallas en duras piedras, sobre el lomo de empinadas cordilleras, que la cólera de los siglos no ha podido destruir!

Quintín Lame, a quien Tomás definía como hombre más bien callado pero contundente a la hora de la reflexión, empezó dando las gracias al Congreso por haberle dado voz y voto para exponer la situación de los miles de indígenas que lo tenían a él como jefe. Luego, en un discurso lleno de equilibrio entre la naturaleza y el progreso, hizo historia desde 1788, refirió su viaje a Quito para buscar los títulos coloniales que favorecían a los indígenas, así como el sufrimiento que le había ocasionado el ser llevado a prisión veintiséis veces por defender lo que en justicia le pertenecía a su gente. Contó costumbres por cierto muy democráticas de sus pueblos y citó casos concretos de persecución a los indígenas. Se extendió en denuncias contra alcaldes y autoridades que les arrebataban tierras y herramientas.

La presencia y actuación del *Cacique de Tierradentro* sirvieron de aliento espiritual y espejo de entusiasmo para los oyentes, sus palabras tuvieron la llama que logra hacer olvidar las diferencias, por la perspectiva de aunar fuerzas latentes frente a la Hegemonía, para la cual su presencia en el Congreso significó un desafío, no pasó desapercibida. Por lo menos eso se deduce de lo que vino después en cuanto a represión, censura, militarismo, etc. Cada conflicto indígena fue bautizado de ahí en adelante con el estribillo de “complot para derribar el gobierno”.

Recordemos que la población nativa era aún numerosa a pesar de la destrucción causada por las guerras de exterminio desde la época de la invasión española, la matanza continua a través de la represión militar y las condiciones en que quedaban después de desalojos y persecuciones. A pesar de estas prácticas genocidas (que aún subsisten) había regiones donde se desarrollaba la resistencia indígena. Para ese tiempo los protagonistas eran los grupos de la Sierra Nevada, los motilones, cumbales en Nariño, guahibos en el Meta, además de los paeces y otros indígenas dirigidos por Quintín Lame en Cauca, Tolima y Huila. Sus formas de lucha eran las movilizaciones y los enfrentamientos con colonos blancos, terratenientes, autoridades civiles y eclesiásticas. En la Guajira se habían visto avocados a enfrentamientos con las autoridades de resguardos de la sal y de las perlas. Los motivos más sentidos se referían a la defensa de sus tierras, cultivos, cultura y propias autoridades y la existencia de su esclavización.

Quintín Lame, como su secretario Abel Tique, Gonzalo Sánchez, Eutiquio Timoté y otros indígenas fueron hombres de mérito. Quintín Lame, a su manera, fue un maestro de la comunicación y esto le permitió fundar caseríos para las comunidades arrojadas de sus tierras y escuelas para niños indígenas y campesinos. La palabra de Lame era acatada por los indígenas al punto de cambiar ciertas costumbres impuestas por los hacendados del Cauca; es el caso de los votos cautivos con los que contaban en las elecciones; llevaban a votar a *sus* indios cada uno por el candidato de su patrón y esa práctica la rechazó Quintín Lame.

Desde luego tantas ideas y rebeldía en un indio no podían admitirse y el más rico latifundista de su región, en salvaguardia de su codicia y de su poder, personificó todo su odio en Lame. Como un pontífice ofendido pidió en el Congreso de la República que el indígena fuera desterrado de Colombia, llamándolo “asno montés”. Se trataba de Guillermo Valencia, el más acérrimo enemigo de Quintín Lame, heredero de nobiliario título: “la Casa Valencia”, cuyos ancestros habían sido esclavistas.

Los antecedentes del odio que Guillermo Valencia sentía por Quintín Lame se remontaban a muchos años antes. Según las memorias escritas del dirigente indígena, en una ocasión en que se encontraba encalabozado y amarrado, se presentó en persona el doctor Guillermo Valencia para golpearlo. Y en otra ocasión fue más drástico:

Así deseó el doctor Guillermo Valencia unido con un puñado de hombres no indígenas que lo secundaron, de la alta aristocracia del Cauca, destruir mi pensamiento por medio de la barbarie y el cinismo, mandándome a encerrar en un calabozo y ordenando se me pusiera en los pies una barra de grillos de 28 libras durante un año incomunicado, orden que fue cumplida y consta en auto en el proceso que está archivado.²¹

Agregó Lame que luego Valencia hizo correr la especie de que el indio había sido desterrado o había muerto.

En la apasionante vida de Quintín Lame los sufrimientos no tuvieron tregua y solo finalizaron con su muerte, no así su mensaje: éste quedó en una perspectiva que nos lleva a reconocer la vigencia de las luchas indígenas y campesinas. Al seguir su rastro, por lo menos en esa etapa de los años Veinte, los hechos nos muestran su participación en el proceso político y

²¹ Lame, Manuel Quintín. *En defensa de mi raza*, (recopilación), Comité de Defensa del Indio, Bogotá, 1971, pág. 57.

social de esa década: primero, en los iniciales congresos obreros y luego al colocarse al lado de los socialistas revolucionarios, aceptando el puesto que le otorgaron en la dirección y conducción de ese partido.

* * *

Terminado el episodio del Primer Congreso demos paso a uno de los temas que le dieron tono, por así decirlo, a la década: las huelgas. De un total de 98 huelgas, 17 se produjeron en ese año ²⁴ despertando, de paso, la politización de muchedumbres cuya inercia había pasado a mejor vida pues no se comportaban ya como rebaños. Uno tiene la sensación de que los trabajadores que se iban a la huelga estaban obsesionados con su descubrimiento, porque además de los beneficios inmediatos que pudiesen conseguir, a través de la huelga y la solidaridad se enfrentaban a todo lo que representara el aparato del Estado y los sistemas de opresión.

FOGATAS OBRERAS

Resumen de algunas de ellas. En Bogotá, enero, la huelga de los tranvianos se llevó a cabo por el despido de 40 trabajadores y la petición de buen trato; en esa ocasión el superintendente de los tranvías dio muerte a un trabajador de un disparo. En mayo los universitarios de Bogotá y Medellín iniciaron protestas por los métodos de enseñanza y disciplina, la libertad de cátedra y la libertad religiosa. En julio los mineros del carbón del Valle se fueron a la huelga por el mal trato del que eran objeto y las jornadas mayores de 10 horas; una vez terminada se conformó la Federación Obrera del Valle. Por los mismos motivos pararon los trabajadores de la Zona Bananera y los textiles de Suaita, a quienes hacían cumplir jornadas de más de 13 horas diarias. Otro tipo de conflicto social se presentaba entre los trabajadores cafeteros de Cundinamarca y el Tolima por las condiciones forzadas de trabajo; los paros y enfrentamientos fueron permanentes no solo en ese año, o las movilizaciones, como en el caso de los colonos enfrentados a los desalojos. Muchos de ellos tenían que internarse en la selva para seguir colonizando, otros debían someterse como arrendatarios.

Seleccionemos ahora dos de estos conflictos, la huelga de Barranca y la de la Zona Bananera, para relatar algunos aspectos que no suelen aparecer

²⁴ Archila Neira, Mauricio. *Cultura e identidad obrera*, op. cit. págs. 435-439.

en los datos escuetos. Lo que podría llamarse la primera gran fogata obrera de Barranca fue la huelga de los 3.000 trabajadores en octubre de 1924 convocada por el incumplimiento de parte de la empresa de lo pactado en enero: el reintegro de los obreros despedidos, la demanda de un mejor trato y la solicitud de libertad para leer los periódicos. El ministro de Gobierno viajó entonces a esa ciudad y desde un balcón notificó a la multitud que la huelga había sido declarada fuera de la Ley. La silbatina no se hizo esperar ni los murmullos y gritos de protesta de quienes oían la sentencia desde abajo. De repente se oyó un disparo que salió de entre la algarabía callejera. Nunca se pudo establecer quién lo hizo pero acto seguido el ejército, prestos sus fusiles disparó contra la multitud y quedaron tendidos varios muertos y heridos en medio de gran confusión.

Los hombres del Comité de Huelga, incluido Mahecha, fueron inmediatamente apresados y trasladados a Medellín en condiciones que ellos denominaron de “perros”. Frente a esa situación, María Cano salió en su defensa públicamente, acompañada en principio de un grupo de gentes que a las pocas horas se multiplicó. A esta protesta se sumaron enseguida los estibadores, bodegueros y navegantes del río Magdalena en Honda y La Dorada y los trabajadores de los Puertos de Cartagena y Barranquilla en un paro de solidaridad, reclamando, de paso, la reducción de sus jornadas de trabajo de 12 y 14 horas diarias. Ante esa amenazadora solidaridad las autoridades dejaron en libertad al Comité de Huelga, excepto a Mahecha, pero desterraron del país a 300 huelguistas!

Conflictos entre los trabajadores también los hubo: a la región de Infantas llegaban cientos de jóvenes campesinos en busca de trabajo y por ende, muchachas de la misma condición que se convertían en prostitutas. La perspectiva de un cambio de vida, la atracción del salario o el anhelo de independencia económica los llevaba hasta allí aunque perdieran toda relación con su familia y su lugar de origen. Naturalmente, entre el conglomerado de trabajadores se formaron sectores distintos y no faltaron los grupos cuyos salarios se volvían aguardiente en las cantinas. En principio esa situación dejó fricciones y acarreó problemas con quienes se preocupaban por organizarse, pero más tarde, cuando la compañía incumplió su palabra y aumentó malos tratos y discriminación, cuando a raíz de esta primera huelga quedó en el ambiente aquello de que *las manos ya no pueden estar cruzadas*, los trabajadores reaccionaron. La lucha, entonces contribuyó a formar su personalidad con valores distintos. Hacia finales de 1926, estos trabajadores habían sido ganados por el socialismo y fortalecieron su

organización. Aurelio Rodríguez, otro de los líderes (a quien la USO debe historia), compañero de Mahecha, contaba que después de esa huelga los dirigentes y los periódicos obreros hablaban y escribían sobre *la porción de alcohol necesaria para mantener al trabajador contento pero embrutecido*. Ese tema fue tan importante como el de la nacionalización del petróleo, cuestión mencionada por primera vez en ese año 24. De aquella huelga quedó una mayor organización, muchos otros trabajadores se incorporaron a la USO y la solidaridad fue la mejor lección.

Pero, ¿cuál fue la suerte de los 300 huelguistas de Barranca desterrados a las islas del Caribe? ¿Qué pudo ser de estos hombres y todos los que sufrieron el castigo del destierro? En este sentido (la autora de este libro, carente de datos, confía en que la investigación quede abierta por tratarse de un castigo del cual fueron víctimas muchos socialistas revolucionarios) solo queda añadir un comentario al margen: El destierro se oficializó con la *Ley de los Caballos*²³, cuando las fuerzas que pregonaban las cadenas y la servidumbre condenaron al destierro a cientos de artesanos de las “Sociedades Democráticas”, muchos de los cuales se radicaron en Costa Rica.

Esa práctica siguió hasta los primeros años del siglo con otros desdichados que llevaban encadenados hasta las selvas del Darién, o hasta el mismo territorio panameño para luego abandonarlos a su suerte. En la década de los Veinte cambiaron la ruta: a los desterrados se les embarcaba en la Costa Atlántica con dirección a diferentes islas caribeñas. Así lo hicieron con los indígenas que resistieron los ataques de las autoridades del resguardo de la sal y de las perlas; con algunos huelguistas de la Zona Bananera en ese mismo año 24 y con unos cuantos rebeldes de Santander al final de la década. También se aplicó el destierro de manera individual, hubo casos en que ese castigo se veía venir inevitablemente, entonces la persona señalada se ahuyentaba del país. Bajo ese riesgo años más tarde salió de Colombia Torres Giraldo; para Mahecha fue igual después de la masacre de la Zona Bananera en 1928, sólo que ninguno de los dos resaltó esa circunstancia ni en su historia quedó ninguna *crónica de un destierro anunciado*.

Vayamos ahora a la primera y corta huelga (3 días) de la Zona Bananera, pues también allí se presentó una división entre los trabajadores: los de la zona de cultivos promovían la organización como medio de defensa,

²³ Ley de los Caballos, 1888: penas de confinamiento, expulsión del territorio, prisión o pérdida de los derechos políticos por tiempo indefinido.

pero confrontaban el doble problema de lucha con los patrones y con sus compañeros, los cargadores del muelle. Estos últimos eran muy numerosos y estaban en una situación de privilegio respecto de los demás obreros. Por la versión que los dirigentes sindicales de la zona dieron a Pablo E. Mancera, el socialista que se desplazaba hasta allí como emisario de la incipiente organización de Bogotá, éste presentó el siguiente balance:

El problema es ante todo de moralidad –dijo Mancera– porque siendo los que mejores salarios devengan, son disipados, y los que, inconscientemente tal vez, sirven de instrumento a la compañía imperialista que tiene el nombre de United Fruit Co., para destruir o debilitar toda la organización de los obreros dignos... las familias de los cargadores viven en la miseria porque ellos apenas destinan a las necesidades de su hogar una centésima parte de su jornal y el resto, al llegar el fin de semana, lo dedican a orgías y bacanales increíbles en las cuales el brandy y el whisky no escasean, esfumándose así el producto del trabajo humano sin provecho para nadie y como una ironía y un insulto para los trabajadores dignos y laboriosos que en la misma región defienden con energía y abnegación los derechos de todos.²⁴

Con el correr del tiempo se dieron condiciones favorables para que esa penosa situación se transformara, una de ellas fue la conducción que los líderes dieron a los problemas, porque la dirigencia de la Zona, como equipo, fue quizá una de las más notables de la época no solo en cuanto a capacidad y eficacia sino por el sentido humano que dieron a su lucha. De hombres tan respetados y queridos como José Garibaldi Russo (Rusito), Erasmo Coronel, quien fuera presidente del sindicato, asesinado en la masacre del 28; Sixto Ospino, el dirigente de Aracataca y el campesino Adán Ortiz Salas, solo se oía decir que eran verdaderos apóstoles. “Rusito”, por ejemplo, y Ortiz Salas (en mi recuerdo personal de los años 40) parecían ambos una suma de todas las experiencias, hablaban con una sabiduría que resaltaba por su sencillez y a decir verdad hasta la figura ascética les ayudaba. Para todos ellos lo más importante eran las personas, sus familias, sus problemas menudos o gigantes, cuestión fácil de comprender si pensamos en que su vida transcurrió con todas las *ventajas* de la zona: paludismo, analfabetismo, inundaciones, derrumbes, dengue, disentería y abandono del Estado y aunque no pasaron por escuela alguna sí llegaron a obtener títulos oficiales que el periódico más grande de Colombia exaltaba: *conspiradores, igualados, subversivos, perezosos, plebes, turbamultas, etc.*

²⁴ *El Espectador*, noviembre de 1924.

“CAMINANTE NO HAY CAMINO, SE HACE CAMINO AL ANDAR”

Los sindicatos, nacidos de una necesidad social, tenían como prioridades *solicitar buen trato por parte de los capataces y luchar por la reducción de la jornada laboral. La libertad de leer los periódicos* fue otra reivindicación muy extendida en la segunda mitad del decenio: resultaba *sospechoso* para los patronos que un obrero intentara leer o deletrear algún periódico rodeado de sus compañeros. La disciplina en los lugares de trabajo era férrea, exigía el máximo esfuerzo físico y mental de un ser humano y estos debían trabajar 14 o más horas diarias, durante 6 días, sin remuneración dominical. El ambiente de trabajo era despótico, de desprecio hacia los trabajadores a quienes controlaban hasta la respiración. A su vez, estos trabajaban con resistencia y desconfianza, en medio de riesgos y accidentes de todo tipo. A pesar de estas condiciones infrahumanas, al interior de las agrupaciones de trabajadores se fueron dando los primeros debates y orientaciones sobre las huelgas y su organización; se fueron “haciendo” sobre la marcha y creando sobre la marcha. Parecería que inspiraron al poeta cuando escribió “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

Desde luego no podría esperarse que en etapa tan temprana existiera entidad para los problemas laborales, por eso los trabajadores tuvieron que empezar por proponer legislación y presionaron pidiendo la apertura de la oficina general del trabajo, que atendiera cuestiones relacionadas con huelgas, soluciones eficaces para los derechos de los ciudadanos pobres, elaboración de un *código de trabajo* y asuntos relacionados con las labores de las mujeres y los niños. Quienes trabajaban en sus casas insistían en dos aspectos que les beneficiaban: *prohibir la industria a domicilio y la fijación de los tipos de trabajos en lugares visibles*. Los dirigentes de los sin trabajo solicitaban prohibir el *enganche para países extranjeros* y *leyes que acaben con las agencias de colocación*. El acaparamiento y la especulación quedaban englobados, las gentes relacionaban estos aspectos con los anteriores, buscando que una oficina de trabajo se hiciera cargo de todo, posiblemente por la orfandad en que se encontraban. Eran peticiones que hacían a través de carteles y de pequeñas pero constantes movilizaciones callejeras, por lo general organizadas por sectores sindicales.

Ante el clamor, el gobierno creó entonces en ese año 24 la Oficina General del Trabajo (más tarde Ministerio del Trabajo) prácticamente ignorada por las empresas hasta muchos años después, carente de legislación

y ante la indiferencia de los funcionarios del Estado para con los derechos mínimos de los trabajadores colombianos. Durante esa década la Oficina del Trabajo no solucionó conflicto alguno, los proyectos y solicitudes de los trabajadores generalmente los declaraba *cuestión de orden público*; los problemas pasaban a manos del director de la policía, general Jiménez, un tipo hecho de alambre de púas, sabueso censor de inquisición que arremetía contra los trabajadores sin pensarlo dos veces.

LABORES Y CONDUCTAS DE LOS SOCIALISTAS EN 1925

(Relatos de un veterano). Cerca a una de las “Casas del Pueblo”, por la calle del Divi-Divi –calle 4a entre 7a y 8a– unos cuantos socialistas alquilaron una pieza a donde llevaron la primera herramienta moderna que tuvieron para imprimir: un mimeógrafo, pues hasta ese tiempo lo conocido era el planígrafo: dos tablillas de madera con una mallita y entintando a mano cada hoja. Allí sacaron reclamos, denuncias, vida sindical, manifiestos e hicieron conocer aspectos de lo que sucedía en otras partes, hablaban de Juana Julía Guzmán, Vicente Adamo y los líderes agrarios del Sinú encarcelados en la ciudad de Cartagena. Por nombre le pusieron *La Chispa*. Este boletincito iría a ser precursor de uno de los periódicos del PSR.

Aquella labor nació secreta: tuvo que ser así porque en las primeras de cambio se llevaron a uno de los muchachos que estaba distribuyendo hojas por debajo de las puertas. Se trataba del ya mencionado joven Miguel Angel, quien se ufana de que a pesar de ser un “piernipeludo” de pantalones cortos y cachucha, resistió azotes y amenazas... sin hablar.

Cuando tuvimos la oportunidad de reencontrar a ese muchacho que ahora tiene 78 años²⁵, halló en su memoria un cúmulo de asociaciones libres que empezó a ordenar, sacando sin ningún esfuerzo acontecimientos que creía enterrados hacía tiempo. El siguiente es el primer relato de lo que él consideraba característico del medio socialista y sus rasgos humanos:

Le puedo contar cosas que nadie sabe –nos decía Miguel Angel– porque yo conocí a los líderes de Bogotá, entré hasta las cocinas de sus casas, supe de sus gustos, sus parentescos, cómo enseñaban, cómo se casaban... me tenían cariño porque no los defraudé. Recuerdo aquel viejito que le

²⁵ Grabación de 1992, en poder de la autora.

gustaba empezar a leer libros por el final, Pablo E. Mancera, me parece verlo: bajito, blanco, calmado y muy decente; fue uno de los primeros impresores pero era maderero de oficio y tallador, hombre meritorio aunque después olvidado. El empezó a publicar creo en 1925, un periódico con el que prendía la mecha, se llamaba *La Libertad*. También sacaba cancioneros y versos como aquel de 62 estrofas que le valió la excomuni3n a Rafael Pombo y a quienes lo publicaran:

¡Oh! ¡Que misterio espantoso /ies este de la existencia! ¡Revéleme algo, conciencia /¡Háblame, Dios poderoso! /¿Por qué vine yo a nacer¿ /¿Quién a padecer me obliga¿ /¿Quién dió esa ley enemiga /de ser para padecer¿/ ...

La Libertad la vendíamos a dos centavos... digo, el periódico, y los cancioneros y versos a centavo. En "Las Cruces" la compraba toda la gente -es que allá vivía el viejito en una casita sumamente pobre-, pero la voceábamos en "Belén", "Egipto" y "La Candelaria". Su esposa, la señora Carlina, era muy buena y muy trabajadora. Ella también escribía y ambos ayudaban a dirigir la "Liga de inquilinos", allá los conocí, luego los vi en la calle del Divi-Divi, fueron muy queridos en el PSR.

De esa manera continuamos oyendo, más que a un anciano, al joven de entonces. Logró trasmitimos la época, algunos aspectos de otros personajes y acontecimientos que siendo serios se sentían graciosos. Miguel Angel continuaba sus anécdotas ilustrativas así:

A muchos les dio por ponerse seudónimos, en parte, porque se arreciaba la represión y esa era una manera de defenderse, fíjese que cuando me llevaron por repartir *La Chispa*, que fue la primera vez, me preguntaron más que todo por el "Chiverudo"; era el nombre por el que llamaban a Felipe Lleras, pero yo no lo sabía. El vivía en la cuadra de abajo del Divi-Divi, allá funcionaba otro mimeógrafo. A los mimeógrafos también les tenían nombres: el del "Chiverudo" se llamaba "el mágico", al de "Nevarés" le decían "diacrónico" y al del "Negro" Guerrero lo apodaban "sincrónico". Lo mismo que a los grupos, eso fue un poco más tarde en el PSR, pero se empezó a perfilar desde 1925: había un grupo que llamaban "La Sociedad de amigos de la muela cordal", porque lo dirigía Pedro Barrero que era dentista; al que dirigía D' Achiardi lo llamaban "los defensores del queso de cabeza" porque algunos trabajaban en una fábrica de carnes frías y al grupo del viejo Onda le decían "los observadores de las tortugas", según D' Achiardi, porque eran sospechosos de ociosidad.

El "Chiverudo" era muy simpático, a todos nos hacía reír y a los "cachifos" nos hacía estudiar. El vivía con doña Emma Quevedo en las primeras dos habitaciones de una casa inmensa; por las tardes el "Chiverudo" y doña Emma se metían a las tiendas de las "Cruces" o de la "Candelaria", eran medio bohemios, él a veces le daba por hablar en verso y ella sí era de armas tomar, en ocasiones se indignaba ante las improvisaciones en que él le hacía ciertas mofas. El "Chiverudo" era muy, muy amigo de Tomás

Uribe Márquez y pasaban horas enteras escribiendo juntos para los mimeógrafos, papeles que yo debía llevar corriendo de un lugar a otro.

Lo de los seudónimos se volvió de concurso. Recuerdo a Marcos, después del segundo congreso su trabajo era organizar a la gente en los comités que se formaron en los barrios por las libertades públicas, eran comités de socialistas, liberales y también conservadores, ahí cabía toda la gente que rechazaba la pena de muerte. Ese Marcos era joyero, callado, y de pronto salieron llamándolo “Vasilovich”. A Bemal, el joven gordito que tenía la cabeza entre los hombros y hablaba y hablaba sin parar lo pusieron “Cucarronov”... también estaba “Burroienko” un tipo que escribía letreros en las paredes, cosa que se consideraba un anatema. Una vez, cuando la palabra control salía de la boca del ministro Rengifo a cada rato y se había puesto de moda, lo cogieron escribiendo: “el ministrillo tiene el control de la mentira”, pero mire dónde, en una pared de Palacio. La policía lo soltó por bruto. Lo de los sobrenombres fue por toda la década; a Ismael Toledo el dirigente de El Líbano le dijeron siempre “Corazón de León”. Un tipo bien parecido era “Navares” nada “mono” a pesar de ser gringo; se le notaba, eso sí, el timbre extranjero pero eso no importaba porque con él el diálogo era corazón a corazón. El se casó en “ceremonia” con Eufrosina Forero dos años después, la hija de un líder zapatero-filósofo. Era muchacha previsiva pero todo lo contrario de su compañero en el aspecto, es decir, de una fealdad perfecta, por eso les decían “el hombre y el monstruo”. “Navares” tuvo sus altercados por amor propio con D’Achiardi, él era el que había bautizado a la pareja así. Es que D’Achiardi era tipo de muchas picardías pero al mismo tiempo un gran amigo, alegre y generoso, inseparable con Servio Tulio Sánchez y Patrocinio Rey; los tres tenían a su cargo un mimeógrafo y trabajaban muy cerca de Tomás, a quien querían y respetaban mucho.

En 1925 se estrenaron cuatro mimeógrafos y empezaron a pagar una imprenta con los dineros de los ocho sindicatos que funcionaban en la sede de la Unión Local, sede que atendía Tomás, donde funcionaban los tranviarios, “Bavaria”, Tipógrafos, los obreros de la construcción, la industria harinera y otros. Bueno, se avanzaba; la Liga de Inquilinos obtuvo un radio Philco de los primeros que llegaron al país, donado por el “Mico” Heredia... Imagínese las caras de los obreros, de las señoras y de los niños... oíamos boquiabiertos ese aparato. En la Casa del Pueblo se abrió bibliotecuita ahí leíamos *Raza de Bronce* del boliviano Alcides Arguedas; *Los de Abajo*, una novela del mexicano Mariano Azuela y otras de la Revolución Francesa. Pero nadie se quedaba sin leer *Ante los Bárbaros* de Vargas Vila, hacíamos corrillos para hablar de lo que ahí decía:

“¿Cuál es el peligro de América Latina? El peligro yanqui... He ahí cerca de seis lustros que vengo anunciando a los pueblos de América Latina el peligro yanqui... Ante las hordas del Norte que se aprestan a avanzar sobre nosotros, demos el grito de ¡Alerta! La fuerza se repele con la fuerza. Bolívar dio la palabra salvadora, en los espasmos de la muerte... ¡Unión!

dijo el moribundo; Unión de México y los pueblos latinoamericanos, unión de la antigua Colombia, unión del Perú y Bolivia, unión de Chile y los pueblos del Plata, unión de todo el Continente. Salve América, tú serás libre mientras quede un cóndor en tus cimas... Luchar o abdicar, vencer o perecer, unirnos o morirnos; la unión o la desaparición, he ahí el dilema”.

Que yo me acuerde, en ese año conté cuatro máquinas de escribir Remington, las compraron entre Vela Solórzano, el “Mono” Dávila y Tomás, que donó su dinero personal a la causa, igual que él “Mico” Heredia, era normal, sin que nadie lo pidiera cada cual se esforzaba por entregar lo que pudiera y cuando pudiera. Vela Solórzano fue siempre el tesorero y él mismo daba de sus dineros. Hasta el viejo Onda que tenía fama de “amarrado”, pero el dinero de la causa era lo único sagrado para él. Los periodistas y los intelectuales que llegaban iban aportando todo lo que pudieran además de su trabajo, hasta un carro, en el PSR se tuvo de todo, hasta transporte. Pero hacían esto sin pompa, con la simplicidad más grande y esto lo veo ahora porque en ese tiempo lo único que yo hacía, y me sentía importante, era llevar los dineros y ayudar a cargar las compras que se hacían. Definitivamente esas gentes estaban distanciadas del dinero, aunque lo necesitaban, pero lo empleaban bien.

UN SEMESTRE DE AVANCES

De los rasgos humanos que después de tantos años volvieron a la memoria de Miguel Angel, considerados por él como característicos del mundo socialista volveremos a ocuparnos luego, para dar paso a algunos acontecimientos que transcurrieron en los seis primeros meses del año 25, correspondientes a la etapa de organización planeada en el primer congreso. Para los socialistas fue un semestre de avances: se proponían llevar a cabo el Segundo Congreso Obrero en julio de ese año y fundar, durante el evento, la Confederación Obrera Nacional (CON), necesidad de alcances nacionales. Además, María Cano preparaba su primera gira.

En aquel semestre estallaron una serie de huelgas, nueve de ellas en el mes de julio, la mayoría con éxito por lo que algunas empresas hicieron reajustes salariales para evitar más huelgas. El estrene del año había sido en enero, cuando los trabajadores del FFCC. de La Dorada hicieron rechinar sus bielas y junto a ellos los del cable aéreo de Mariquita. Esas huelgas fueron declaradas ilegales, sus trabajadores atacados con bayoneta calada y muchos de ellos llevados a la cárcel. Al frente de esos sucesos estuvo Francisco De Heredia quien iría a traer al Segundo Congreso toda la información.

El ambiente era de enfrentamiento y el panorama de esperanza, pero todo sumado resultaba una carga de responsabilidad abrumadora para los socialistas pues muchas huelgas y conflictos sociales estaban siendo liderados por ellos. Sus nombres y las luchas que dirigían se oían ya de boca en boca y a ellos se estaban refiriendo claramente los periódicos, unos para atacarlos, otros para defenderlos. Se aludía a Mahecha como el dirigente de Barranca, a Torres Giraldo en el occidente del país; a Uribe Márquez como coordinador nacional, a María Cano como el símbolo de los obreros colombianos por haber sido elegida Flor del Trabajo el Primero de mayo ese año; a “Rusito” y Erasmo Coronel en la Zona Bananera; a Quintín Lame como el vocero indígena; a Ismael Toledo, en El Líbano; a Jorge del Bosque y Julio Buriticá en el corredor del río Magdalena, en Girardot a Urbano Trujillo y Angel María Cano y así, al resto de dirigentes de Boyacá, Santanderes y demás zonas, pues la característica de los dirigentes socialistas es que todos estaban vinculados activamente a las luchas populares.

En medio de esos avances con fisonomía socialista se da la primera gira de María Cano, por la región minera de Segovia (Antioquia), invitada por los trabajadores de las minas de oro; explotaciones de las compañías inglesas y norteamericanas “Chocó Pacífico”, “Segovia Gold Main” y otras menores. Esa primera gira fue de gran importancia por varios aspectos: el despertar de ese sector minero, grande numéricamente y completamente olvidado, significaba otro polo de lucha antimperialista en la geografía colombiana; en momentos en que estaba a las puertas la fundación de la CON, ese sector sería otro pilar en la estructura socialista. El hecho de que los trabajadores se hubieran organizado para invitar a la representante de la fuerza que se apartaba de los partidos tradicionales era igualmente significativo, y mucho más encomiable tratándose de una mujer. Esa gira marcó la vinculación de María al movimiento obrero, puso al descubierto sus dotes de oradora, orientadora y organizadora en grande y dejó ver de su personalidad magnética, la faceta poco común en el mundo político, de no aparecer como una iluminada solitaria. Esa era una apreciación de Tomás y de aquel encuentro de María con los mineros escribió:

...El norte de Antioquia –sección de las minas de oro más ricas del país– pertenece casi exclusivamente a empresas imperialistas inglesas y yanquis en las que trabajan no menos de treinta mil peones bajo condiciones tan primitivas como en las colonias de Africa. Allí, igual que en las demás minas del país –oro, carbón, etc.– no se reconoce a los obreros el derecho de asociación, ni se observan las pocas y deficientes leyes sociales vigentes, al mismo tiempo que los salarios son miserables y los mineros sufren las consecuencias de un trabajo extenuante y del paludismo endémico... (Ver anexo 2).

Para el gobierno todas aquellas situaciones, a las que se sumaba el malestar social en Bogotá por los desalojos del Paseo Bolívar fueron más que inquietantes, se sintió acosado y buscó “remedios”; allanamientos masivos para el Primero de Mayo en todo el país en busca de rebeldes; retenciones, detenciones y declaración oficial del “descubrimiento de un complot para derribar la hegemonía” el 5 de junio siguiente. El plato fuerte iría a ser el proyecto de ley sobre pena de muerte que presentaría uno de sus voceros, Guillermo Valencia, el mismísimo perseguidor de Quintín Lame, el 20 de julio durante la instalación del Congreso Nacional.

ORDEN DE EXPROPIACIÓN

En Bogotá, además de la huelga de tranviarios, de harineros y otras y de la presencia de los sin-trabajo en las calles, en los primeros meses de ese año 25 se desataron las protestas contra el gobierno municipal por la campaña supuestamente de “saneación” del Paseo Bolívar y los barrios orientales. El conflicto ganaba proporciones preocupantes por los desalojos para veintenas de familias que vivían allí y estaba liderado por los socialistas del vecindario: grupos de capacheras, obreros y buena cantidad de costureras que trabajaban a domicilio entre quienes estaba Enriqueta. Para todos ellos y en general para los habitantes del inmenso sector el tratamiento no podía ser más cruel, según el relato hecho por ella a partir de su caso.

La casita de Enriqueta tenía el nombre de “Villa-fá”: dos cuartos, un pequeño corredor y una cocina. La puerta de entrada cedía al sesgo apenas la empujaban con el hombro y adentro la pobreza, todo el piso de tierra bien barrido y en orden. De tiempos anteriores conservaba dos retratos al óleo que en “Villa-fá” servían de postigos para las ventanas y un gobelino que dividía los cuartos, pues los demás objetos, un cofre de la abuela, un bastón, un quinqué de tiempos en que no había luz eléctrica, un sable con historia y hasta ciertos distintivos religiosos se le habían esfumado poco a poco en las casas de empeño. A esa vivienda se había pasado con sus hijos cuando se la cedió su dueño, un antiguo conocido de sus abuelos que se sentía en deuda con la familia y la favoreció dejándole la casa en la parte alta de “Belén”.

En los barrios orientales casi todas las casas eran propias; ya por la ocupación de pedacitos de tierra sin dueño conocido, donde las familias iniciaban la construcción adobe tras de adobe para parar su casa; o por

tradición desde tiempos inmemoriales o por coincidencia, como en el caso de Enriqueta. En los primeros meses de ese año se empezaron a ver personas extrañas recorriendo vericuetos y callejas y mirando las casas; eran evaluadores, señores enviados por la alcaldía que preguntaban nombres y hacían apuntes cuidadosos. Luego la gente recibía citaciones y una vez en la oficina de la Tesorería se les notificaba, de una parte el avalúo o valor fijado: 150 a 180 pesos por casa cuando el promedio de las mismas podía llegar a 700 pesos que representaban 15 o más años de trabajo. Además les mostraban un papel y les daban una orden: ¡firme aquí!, ¡tome 150 pesos y firme aquí!. Llegaba a tal punto el engaño, sin otra finalidad que robarlos con la irracional disculpa de tratarse de barrios antihigiénicos, que a muchos jefes de hogar, hombres o mujeres, les hacían firmar *a ruego* sin que supieran de qué se trataba. Para algo habría de servir el analfabetismo y el temor de los humildes frente a la autoridad de los letrados. Luego venía el desalojo: los haberes tirados a la calle, un acta, dos firmas y sellos en la puerta. La diligencia quedaba consumada ignorando protestas de vecinos o llantos y súplicas de los interesados que debían resolver como lo más urgente dónde pasar esa y las siguientes noches. Después... la orden del alcalde para el siguiente turno. Y todo en nombre de la Ley.

Pero sucedió que personas mayores, niños y adolescentes se pusieron como tarea entrar en “guardia” para hacerle pasar malos ratos a los evaluadores; por los atajos por donde pasaban los señores para hacer sus inventarios les llovía agua y barro, además les *huchaban los perros*, nadie contestaba sus preguntas, o los desinformaban.

Por otra parte, la ciudadanía se polarizó: los que estaban de parte de los moradores protestaban en calles o denunciaban en escritos, y los que estaban en contra, estos últimos minoría. *El Tiempo* sentenció en un artículo a los moradores y refiriéndose al sector lo llamó, “una sodoma inflamada de chicha”; el jefe de la policía –el hombre púas– envió a sus uniformados para hacer cumplir las órdenes, pero nada valió... como un gran clamor las gentes ahogaron las voces oficiales de *expropiar para sanear*.

Cuando llegaron los evaluadores para concluir su labor una mujer joven de figura frágil, de pelo negro y pequeños ojos canela que no era otra sino Enriqueta, estaba sobre una plataforma improvisada razonando con voz firme y muy alta: *...cuando esto lo adquieran los ricos del gobierno entonces habrá agua, luz y será higiénico... pero lo que es por ahora nadie debe abandonar su casa...* No era oradora pero tenía a su haber tres circunstancias: vivía

en el barrio; tenía ya cinco años de experiencia contra las injusticias y había muchísimos socialistas presentes respaldándola y dispuestos a todo. Subían dando ánimo a los moradores y a su resistencia, a la vez, estos los recibieron con vivas al socialismo revolucionario. La batalla se ganó temporalmente y de aquel último episodio quedó la siguiente versión de Miguel Angel:

Patrocinio Rey, que además de tranviario era boxeador y tenía unas manos que hubieran pulverizado un ladrillo, se había encargado de reunir a todas las “mangas bravas” socialistas, a todos los buenos trompadachines que eran muchos, para entrenarlos en la defensa contra la policía. Nosotros, con Carlos, Hernando Restrepo el que vino a ser dirigente sindical, Gabriel Reyna y los demás pelafustanes también íbamos los domingo hasta el río Bogotá donde nos entrenaban, desde allá viene mi afición al boxeo. Bueno, esa tarde ya habían mandado a los “bolilludos” para amedrentar y meterle terrorera a la gente, y entonces la legión de socialistas entrenados se le encaró y le dieron una mano...! De ahí en adelante cuando se hacían las manifestaciones esas sí grandes, todo el mundo iba preparado para la guachafita, si los “chapoles” atacaban ahí la tenían... Claro que después la policía quedaba deseosa de descargar sus porras en cabezas de gente mal vestida, porque pa’ mansalvera a la policía nadie le gana.

LA BELLEZA DE LO ROMÁNTICO

“Villa-fá” se volvió punto de reunión, casi una sede política y Tomás uno de los más asiduos visitantes. Llegaba hasta allí cargado de panes, a planear con Enriqueta y los demás compañeros nuevas actividades, o para hablar con el joven Carlos. Así nació una amistad honda, sincera, entre Tomás y Enriqueta y entre él y los hijos de ella, hasta ese punto en que las personas se vuelven tan indispensables que ya no pueden vivir distantes.

En lo sentimental él era un solitario cansado quizá de aventuras ya pasadas, atraído por el talento más que por la belleza en las mujeres y empezó a encontrar en ella afinidad en opiniones, gustos o disgustos hasta llegar a fascinarse con su manera de ser y actuar, por lo que terminó sintiéndola parte de él mismo. Para ella fue igual, pensaba una y otra vez en las facciones, los gestos y las costumbres de Tomás; pero debió soportar un tiempo de lucha interior porque su renovada visión del mundo no alcanzaba a librarla de ciertos tabús o conductas prohibidas, que le venían por formación y estaban vivas en el medio ambiente.



Enriqueta Jiménez Gaitán

Era época en que las mujeres solteras mayores de 20 años se consideraban *solteronas* y el sexo les estaba vedado; las casadas (perfectas) eran propiedad del marido y las que dieran el paso de la separación –como en el caso de Enriqueta– se enfrentaban al escándalo público y el menosprecio masculino, inclusive familiar. Para ellas, adquirir una nueva relación traía el riesgo de ser vistas y tratadas como *malas, pecadoras* pues se consideraban socialmente adúlteras. Debían ahuyentar la *tentación*, tragarse el sufrimiento aunque el sacrificio terminara destruyéndolas: todo en aras del buen nombre y el “honor”, no tanto el propio sino el de los hombres de la familia.

Enriqueta quería ser ella misma pero no le fue fácil salir de su cárcel mental. Sin embargo, sus ojos, acostumbrados por tantos años a mirar hacia el suelo y a girar entre las cosas de la casa ya se habían levantado para observar los espacios abiertos, las plazas, las calles y su mirada ganó en profundidad; su personalidad había sufrido un cambio desde aquel tiempo cinco años atrás, en que no sospechaba que la vida prometía algo mejor. Había aprendido a pensar y estaba enamorada.

En cuanto a él, en su **diario de cárcel** (del que abrigo la esperanza de que se encuentre en los archivos militares de Puente Aranda), escrito a borde a borde con letra diminuta, dejó consignados todos sus sentimientos.

hacia ella desde la tarde en que la vio plena sobre la tribuna improvisada, así como aquella dualidad inicial que se expresaba en sus ojos: con la mirada lo aceptaba, lo involucraba o lo rechazaba. Luego entrecomillaba: "*parecía desarmada pero en realidad era desarmante*"... más adelante recordaba la línea de su espalda, el collar de la coquetería, la sombra de sus ojos... su difumado. "*Pareces hecha de porcelana perfecta*" escribió en el doblez de una página del diario.

Después de muchos años ese diario, poético y delicado cuando se trataba de recordar los años vividos con su "Tata", también era una pieza central para conocer muchas cosas ocultas de la historia política de los Veinte. Leerlo era como reconstruir una conversación íntima con María Cano, Mahecha o Torres Giraldo, o como penetrar en las más secretas decisiones de su partido. Algunas de sus páginas estaban dedicadas a la letra menuda de la reunión de la IC en Buenos Aires, al *aparato* que había montado, a las graves incidencias inmediatas en Colombia y en otros países de América Latina.

Aparte del diario, las más bellas referencias del amor entre Tomás y Enriqueta estuvieron a cargo de sus compañeros y amigos, a uno de ellos le decía en una carta: "*no es bella pero sí brillante y apasionada, que es lo mismo*". También de sus hijos y por supuesto de ella misma que vibraba aún después de muchos años con un verso, un objeto o un aroma que expresara los sentimientos que él le hizo sentir... y le era imposible escuchar música sin caer en evocaciones.

